

UNA «ESTELA DE GUERRERO» DEL BRONCE FINAL PRECOLONIAL DE ORELLANA (BADAJOZ), HOY EN EL PALACIO DE MERES (SIERO, ASTURIAS)

Resumen: En Meres, Asturias, se conserva procedente de Extremadura una de las notables «estelas de guerrero» del Suroeste. Los motivos grabados -un antropomorfo con casco de cuernos, espada, lanza, escudo, espejo y peine, además de un icono cuadrangular de incierto significado (¿lingote chipriota, placa orfebrística con la forma de una piel de toro... ?)-, nos remiten a la fase temprana de la arribada de influjos mediterráneos precoloniales al cuadrante sudoccidental de la península ibérica.

La singularidad de algunos de los motivos inscritos, en particular el raro escudo con su campo cubierto de bandas paralelas, y la enigmática figura cuadrangular dan pie a distintas consideraciones sobre su frecuencia y posible filiación material y cultural.

Palabras clave: «Estelas de guerrero», Bronce Final, fase precolonial, antropomorfos con casco de cuernos, armas y objetos suntuarios, SO. de la Península Ibérica.

Abstract: One of the most remarkable "warrior steles" from Extremadura in the South-Western Iberia is conserved in Meres (Asturias). The engraved motifs on it, a manlike figure with a horned helmet, sword, spear, shield, comb and mirror as well as a quadrangular icon of uncertain meaning (Cypriot ingot, a gold plate shaped like a bull's hide...?), point us to the early phase of the arrival of pre-colonial Mediterranean influences in the south-west of the Iberian Peninsula. The uniqueness of some of the inscribed motifs, in particular the uncommon shield with its surface covered with parallel stripes and the enigmatic four-cornered figure, gives rise to different considerations regarding their frequency and possible material and cultural affiliation.

Key words: "Warrior steles", Late Bronze Age, pre-colonial phase, anthropomorphic figures wearing a horned helmet, weapons and sumptuary objects, South-Western Iberian Peninsula.

A pocos kilómetros al este de Oviedo se levanta el palacio de los Argüelles, también conocido como palacio de Meres al ser éste el topónimo de aquel paraje, residencia señorial cuyos orígenes ascienden a los siglos XIII y XIV pero cuya fábrica mayoritaria es posterior, de comienzos del XVIII, a la que se suma la gran capilla de Santa Ana que fuera construida entre 1696 y 1706. En el jardín que alegra la fachada principal del palacio se yergue, desde hace algunos años, un bloque de piedra en cuya cara más visible se aprecian varias figuras grabadas. No dejaría de ser la lastra en cuestión un mero ornato, aunque extraño en su medio monumental, si no fuera porque la iconografía de lo en ella inscrito remite a un universo muy distante históricamente y, también, en términos de distancia.

En efecto, la figura de un antropomorfo acompañada por la representación de armas y otros objetos suntuarios se corresponde sin el menor asomo de duda con las bien conocidas estelas de guerrero del Bronce Final, características del suroeste de la península (figura 1).



FIGURA 1. *Estela de Orellana, hoy en el palacio asturiano de Neres*

Bajo tales premisas, la ubicación en la Asturias central de un vestigio tan específico de la Prehistoria tardía del cuadrante suroccidental ibérico sólo podía ser justificada como una notable curiosidad alóctona.

Ciertamente, la lastra ornada procede de un lugar incierto del extenso territorio actualmente anegado por el embalse de Orellana en el noroeste de la provincia de Badajoz. El descenso del nivel de las aguas hacia 1980 permitió la emergencia de un islote en el que fue descubierta la estela por gentes de la zona que la llevaron a tierra firme en una lancha. Posteriormente fue trasladada a la mansión asturiana en cuyas caballerizas hubo de permanecer hasta que, en 2004 o 2005, se ubicara con intención decorativa en el lugar en que hoy puede ser contemplada. De la existencia de la singular piedra grabada dio noticia no hace mucho una breve nota (Hevia LIavona 2005) aunque en ella se transcribía, erróneamente la presencia de la figura insculpida de un cuchillo, cuando no existe en su lugar ni ese ni cualquier otro motivo. Tampoco se precisaba indicación alguna sobre la procedencia de un testimonio arqueológico tan notable, lo que nos llevó a la indagación pertinente y a la elaboración del estudio en detalle que aquí ofrecemos.

El embalse de Orellana se extiende por varios municipios en un sector de la cuenca fluvial del Guadiana en donde este tipo de monumentos inscultóricos se registra en número estimable. Una de tales lápidas sería hallada posteriormente a la que aquí estudiamos, descubierta en 1983 a orillas del pantano en el lugar de Cogolludo, también en zona habitualmente inundada, perteneciente al término de Navalvillar de Pela; una pieza que, si bien mutilada, permite reconocer figuraciones características de este fenómeno artístico como el antropomorfo, la lanza y el escudo (Enríquez Navascués 1983). No obstante, tanto la disposición de los motivos como sus rasgos tipológicos sustancian diferencias acusadas con el ejemplar trasladado a Asturias. Sin duda más destacada es otra lápida de publicación reciente, encontrada en Orellana de la Sierra en 2005, durante el transcurso de ciertas labores agrícolas en un paraje elevado y sito en las inmediaciones del embalse, altura conocida sugerentemente como Cerro de la Atalaya. Sobre el soporte de un esquisto pizarroso figuran grabados un característico antropomorfo con tocado de cuernos al que rodean lanza, escudo, espejo y carro (González Ledesma 2007).

En fin, de la actividad de gentes del Bronce Final en aquella comarca extremeña, hoy mejor conocida por el embalse, dan testimonio algunas piezas metálicas que concuerdan en su original valor con la notabilidad de los personajes conmemorados en las estelas. Nos referimos a los tres asadores articulados y bronceos que inscritos como de Orellana la Vieja se custodian en el Museo Arqueológico de Badajoz, útiles distinguidos que son, al tiempo, productos distintivos de la cultura material de las postrimerías del Bronce en Andalucía, Extremadura y centro-sur de Portugal. Su probable identidad occidental, acaso ibérica, vendría respaldada por un catálogo suficientemente cuantioso de piezas similares registradas en particular en el oeste de Francia y el occidente ibérico, además de los hallazgos insulares mediterráneos --allí aceptados como de exótica procedencia atlántica y consecuencia de las relaciones este-oeste--, del conocido depósito de metales sardo de Monte Sa Idda, en Cagliari, y de la tumba 523 de Amatunte, en Chipre, vinculado el asador de este último hallazgo con otros objetos que permiten su filiación en el Cipro-geométrico 1 (Lo Schiavo 1991 y 2008).

Tal vez, incluso, pudiera insistir en esa conexión este-oeste a lo largo del mediterráneo occidental el motivo zoomórfico que adorna los asadores articulados, cuyo origen fue buscado en la creatividad plástica de Cerdeña, manifiesta en las frecuentes figurillas de bronce fundidas en la isla (Borges y O'Connor 2004). En última instancia, tan singulares útiles, relacionados con los banquetes y con específicas pautas formales para la celebración de los mismos, insisten en la verosimilitud de contactos interregionales entre élites atentas a los cambios y novedades en la etiqueta, mientras que los adornos antropomórficos, lejos de ser intrascendentes a caso constituyeran- al

observar que cada asador porta un icono diferente-, un admisible marcador étnico; el distintivo de una tribu y no un reiterado elemento simbólico de alcance global (Needham y Bowman 2005).

LA LASTRA DE SOPORTE y SUS DIFERENTES PÁTINAS

Ofrece la losa un frente subrectangular con el extremo superior de tendencia desigualmente apuntada. Su costado izquierdo es recto mientras que el opuesto se desarrolla con marcadas irregularidades. La uniformidad del primero proviene de la limpia fractura natural, es uno de los labios de una diaclasa, mientras que la morfología del segundo se debe a un sumario trabajo de cantería.

La cara que recibe los grabados ofrece una propicia superficie receptora, alisada en los dos tercios superiores. Sólo en el tramo restante aparecen varias fracturas escalonadas siguiendo el plano de estratificación de la roca. Las secciones del bloque, al cabo de volumen bastante homogéneo, son rectangulares con un grosor que oscila entre los 0,15 y 0,17 metros. La anchura es de unos 0,46 metros, mientras que la altura desde el suelo a la cúspide es de 1,18 metros; si, según se nos informa, los soterrados pueden ser unos 0,25 o 0,30 metros, el largo total del bloque estaría entonces cerca de 1,50 metros, una dimensión que no discuerda con las más habituales en las estelas homólogas.

La procedencia de la pieza viene a ser corroborada por la propia naturaleza litoestratigráfica de la roca en que fue conformada. Responde en esencia a una cuarcita ordovícica similar a la que arma algunas de las sierras de la comarca de Orellana. Ese característico material del paleozoico inferior, duro y compacto, ofrece una neta estructura laminar en la que permanecieron sedimentados óxidos de hierro. A partir de tales concentraciones de hematites fue difundiendo en la cuarcita el característico color rojo vinoso a expensas de fracturas, costras de descamación y planos de laminación. Ese detalle tiene cierta trascendencia, tal como veremos más adelante.

El análisis de las diferentes pátinas que colorean la lastra denuncia parte de la biografía de la piedra en la que no existe la regularidad cromática esperable si hubiera sufrido una acción meteórica uniforme. Se distingue así una amplia zona tintada por un lustre de oxidación que data la influencia de la exposición aérea (figura 2:2), mientras que la banda blanquecina que corre a la derecha carece de tal coloración, acaso desaparecida por una ulterior acción abrasiva. Por su parte, el costado recto se encuentra intensamente pigmentado por una densa película rojinegra, consecuencia de la acusada difusión hematítica que apuntábamos líneas atrás (figura 3). El cambio de pátina, esta vez oscura, en el extremo superior de la cara ornada responde a la acción en aquella zona de agentes naturales distintos, mientras que en la inferior se puede reconocer la incidencia de la humedad y su relación con un medio cenagoso, acaso derivado de la inmersión que la losa hubo de soportar en los últimos decenios.

Pese a lo que pudiera parecer, esta anotación de las pátinas en patente contraste no es caprichosa; por el contrario, nos lleva a considerar la posibilidad de que, como ocurriera en bastantes estelas del SO, su calidad material la hubiera hecho objeto de usos y reutilizaciones a lo largo de los siglos una vez separada, como pieza útil, de su ubicación original.

LOS MOTIVOS REPRESENTADOS

Los temas grabados se advierten con facilidad gracias a la cuidada ejecución con que fueron realizados, y también por la particularidad que la propia laminación que la roca ofrece (figura 2:1).

En efecto, la labra piqueteada llega casi siempre a alcanzar una de las láminas rojizas que conforma la estructura del cuerpo cuarcítico. Al ser el campo figurativo blanquecino o claro, destacan

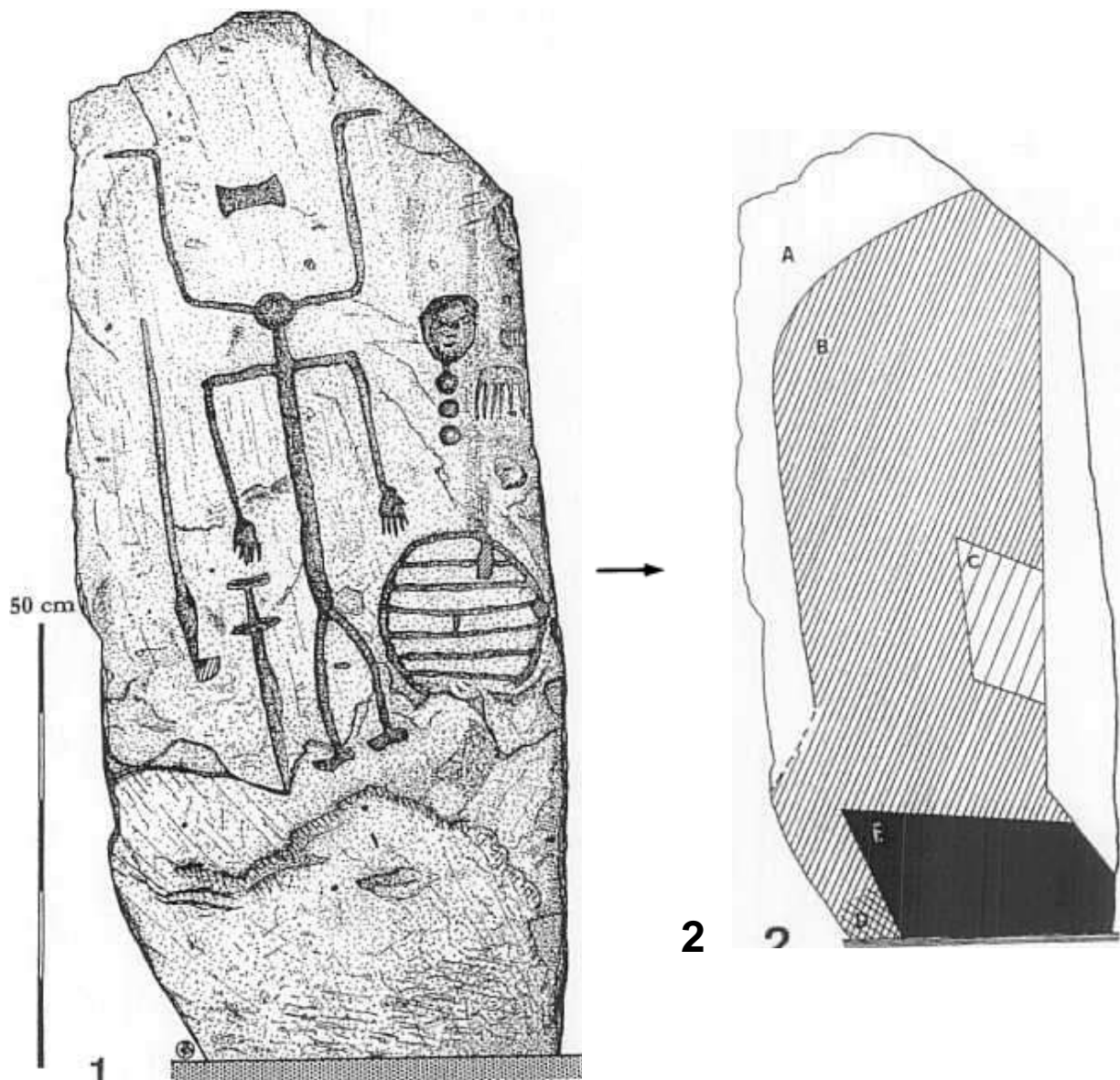


FIGURA 2. Lectura de las figuras grabadas (1) y de las diferentes pátinas que afectan a la estela (2)

poderosamente en el mismo las líneas grabadas dotadas de un acentuado color rojo vinoso. Es evidente que el lapidario supo aprovechar tan efectivo resultado cromático; una rentabilización del color que nos hace pensar si las estelas del suroeste no habrían recibido originalmente alguna clase de pigmento para resaltar los iconos grabados. Desde luego, la propuesta no nos parece aventurada recordando que algunas estelas calcolíticas del sur de Francia pudieron mostrar, adecuadamente analizadas con el pertinente barrido con microscopio electrónico, relictos insospechados de bermellón adheridos al surco de grabado (Walter et al. 1997).

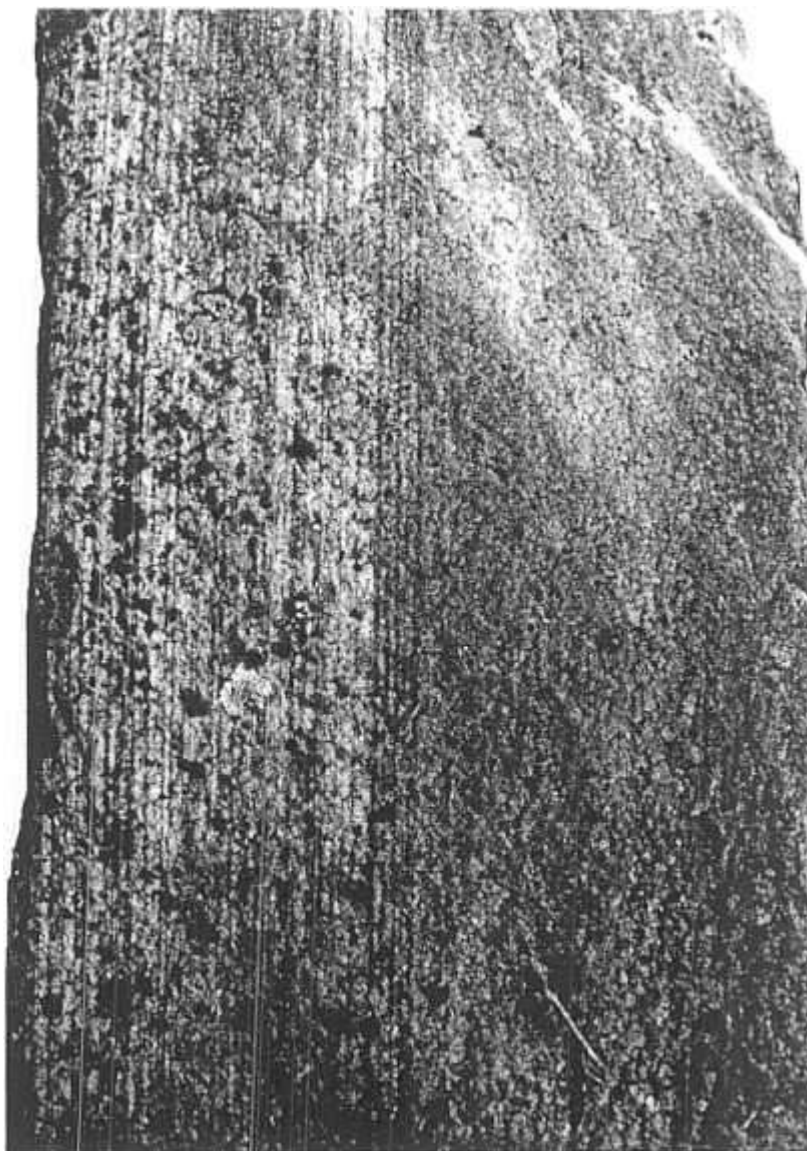


FIGURA 3. *Estructura laminar de la roca con una gran mancha de difusión hematítica*

Es apreciable, en todo caso, la calidad del repicado, regular y denso, cubriente, creando estrechas bandas de bordes rectos, bien definidos. Tal esmerada técnica inscultórica se muestra con mayor minucia en el personaje que protagoniza la composición gráfica (figura 4). El cincelado en detalle fue aplicado en particular en los surcos que dibujan tronco y brazos. La labra es empero desigual en el conjunto de la estela; algo más descuidada en las figuras restantes, en particular en las armas ofensivas (y de nuevo eficaz cuando se recurre al grabado por rotación en los hoyitos del icono que se identificará como un espejo de mango con tres engrosamientos) Cabe por ello reseñar que el antropomorfo central fue grabado con mayor esmero que los demás asuntos. No nos parece improbable que esa diferencia fuera intencionada, lo que acaso pudiera desvelar un presumible tratamiento jerarquizado de los motivos figurados.



FIGURA 4. *Detalle del antropomorfo y de la espada y lanza que lo acompañan*

Son siete los iconos, distribuidos con el orden característico de una parte sustancial de estas lápidas meridionales: una disposición simétrica en la que el individuo protagonista, cubierto con el casco culminado en cuernos en lira, aparece flanqueado a su diestra por la espada y la lanza, y a su derecha por el espejo y el escudo. Rompe el equilibrio la presencia, a la altura del mango del espejo, de un peine de cuerpo curvo y largos dientes. Muy erosionado, se localiza en la zona más clara del campo figurativo, acaso receptora de fricciones y desgastes prolongados, tal como señaláramos anteriormente.



FIGURA 5. *Detalle del espejo y el peine, observándose la fuerte abrasión sufrida por el segundo en contraste con la frescura del piqueteado del primero*

Tanto el antropomorfo, de cuerpo longilíneo, sin zonas de engrosamiento, el casco corniforme y el dibujo de piernas y brazos coinciden con formas habituales en lo que Celestino (2001) distinguiera como Zona III, precisamente la relativa al marco hidrográfico Guadiana-Zújar, en suma, extremeño. Cabe decir lo mismo del espejo y del peine (figura 5); del primero se mantiene la incertidumbre sobre el modelo inspirador por su estridente ausencia en el espacio peninsular, mientras que los bien conocidos ejemplares baleáricos del Barranc d' Algendar, SonJ uliá y depósito de La Lloseta (Delibes y Fernández-Miranda1 988), los tres con diferentes remates transversales en el mango e interpretados como fruto de modelos griegos y chipriotas, disuenan de los diseños inscritos en las estelas del SO., si bien su antigüedad próxima al tránsito del milenio II al I -el depósito de La Lloseta habría tenido lugar entre 900 y 800 a. de J.C. (Salvá Simonet, Calvo Tríasy Guerrero Ayuso 2002)-, torna plausible su conocimiento en las postrimerías de la Edad del Bronce en Andalucía y Extremadura.

El hallazgo en fecha todavía cercana de un nuevo espejo baleárico con remate en T, con algún otro objeto de bronce, en la cueva menorquina de Muslo, propició la comparación de los espejos en cuestión con otros de la Cerdeña nurágica, genéricamente datados en inicios del I milenio a. de J.C. Uno de tales, el descubierto en la gruta santuario de Piroso-Su Benatzu aporta, además de su explícito contexto cultural, el respaldo de la datación radiocarbónica que confirma su correspondencia con el siglo IX a. de J.C., concordante pues con las fechas señaladas en el párrafo anterior. Espejos o, si se quiere, objetos de función incierta, decorativa o simbólica, en el caso del citado Mussol –vinculado a la fase III en la ocupación de esta caverna y a otros objetos igualmente colocados con amortizados en lugares de difícil recuperación--, deben ser reconocidos como artículos votivos; ofrendas entregadas a un ámbito subterráneo con una indisimulable dimensión ritual (Lull *et al.* 1999: 121-124, 128 y 144)

El peine es un motivo frecuente en las estelas del SO., aunque la existencia de tal clase de instrumento, en primer término vinculado al aderezo personal, se remonta al neolítico peninsular, con hallazgos precisos en la Edad del Cobre y más netamente en la Edad del Bronce, época en la que los yacimientos argáricos proporcionan un repertorio esclarecedor, aparecidos los peines en tumbas de mujeres que en vida habrían pertenecido a sectores sociales dominantes. Del mismo modo, son bastantes los útiles de esta clase hallados en yacimientos baleáricos, pero lo que sin duda constituye un hecho esencial es su también repetida localización en medios sepulcrales, actores, por tanto, de un aspecto tan llamativo de la ritualidad funeraria como el peinado y la manipulación de cabello de los difuntos. El testimonio, a este respecto, de lo establecido en la menorquina Cova des Carritx, con una excepcional escenografía fúnebre, resulta de una elocuencia innegable (Lull *et al.* 1999: 349-353). Esa función en las ceremonias mortuorias en la isla mediterránea tuvo lugar, hecho que conviene señalar, en el tiempo en que se erigían las peculiares estelas del suroeste, lo que anima a no desestimar la idea de los peines como alusivos a una intención similar o a otra, en todo caso así mismo trascendente¹.

Por su parte, lanzas y espadas son tan expresivas en su plasmación gráfica como refractarias a cualquier ejercicio clasificatorio fiable. La espada, con su hoja ensanchada, el pomo y los gavilanes de la empuñadura, más propicia a ejercicios de esa clase, no deja de presentar rasgos tan genéricos que aconsejan adoptar un criterio ya establecido: lo estéril, o al menos bastante incierto, de tentar analogías con cualquiera de las armas conocidas en la península, y en su entorno atlántico y mediterráneo durante el ciclo Terminal de la Edad del Bronce (Almagro Gorbea 1977; Meijide 1988: 72-74).

El esquematismo de las figuras no renuncia, sin embargo, al equilibrio de las proporciones entre la mayoría de los motivos. Hay congruencia entre la altura del personaje y las longitudes de espada,

¹ La relación guerrero-peine tendría todavía larga vida. Tal vez sirva de recordatorio notable el bello peine óseo de los siglos IV-V de la Era hallado en Castro Ventosa, Cacabelos (León). Ejemplar seguro de la cultura de Tchernjahov, su arribada desde las orillas del Mar Negro al NO. de Hispania fue atribuida a la presencia aquí de guerreros vándalos asdingos, tras su periplo continental en plena ruptura del orden imperial de Roma (Pérez - Rodríguez Aragón 1996). En cuanto a la singular función sagrada de los peines, es ilustrativo otro documento también del NO peninsular: las tres piezas integrantes del denominado «Tesoro de San Rosendo» que procedente del monasterio de Celanova se custodia en la Catedral de Orense (González García 1993). Siempre piezas raras, fechadas en los siglos XII y XIII, cumplían un específico cometido en la liturgia medieval cuando en ciertas, solemnes, ceremonias pontificales, tras la sustitución en los pies del obispo de zapatos por sandalias, la retirada de su capa y de instalarse aquél en la cátedra, era peinado su cabello por un diácono mientras el prelado pronunciaba una determinada oración (Ferrandis 1940: 20). Ambos testimonios, de contextos tan dispares, no dejan de coincidir en el carácter especial, no meramente utilitario, sino alegórico de lo que rutinariamente se clasificarían como curiosos referentes del ornato personal.

lanza y escudo, siendo, por oposición, desproporcionados los tamaños que presentan las figuras del espejo y el peine, ¿acaso para resaltar su excepcionalidad y su naturaleza suntuaria?

Es evidente que el ordenado conjunto iconográfico cumple con la estampa del guerrero rodeado por los atributos que caracterizan su notabilidad social, una estampa que, como se advirtiera en tantas ocasiones responde a una intención retratista y, por ello, de fijación permanente de la imagen idealizada en lo que, verosímilmente, pudo ser una tumba. De esa naturaleza, al menos, parece ser una de las lápidas recientemente dadas a la publicidad procedente de Cortijo de la Reina. Bajo la estela fue hallada buena cantidad de huesos humanos quemados, además de tres vasos cerámicos característicos de la etapa precolonial del fines de la Edad del Bronce en el valle del Guadalquivir (Murillo, Morena y Ruiz 2005).

No obstante lo apuntado, la en los últimos años crecida hermenéutica de estas manifestaciones plásticas incorpora la propuesta del guerrero con cuernos, de probada ascendencia mediterránea --acompañado de sus atributos específicos, entendidos como tales las armas--, como una divinidad guerrera y, en consecuencia, como lugares de culto los parajes en los que las peculiares lápidas se ubicaban primigeniamente, probablemente asociadas las lastras icónicas a estructuras pétreas más complejas que vendrían a constituir un ámbito sacro edificado (Tejera, Fernández y Rodríguez 2006).

Yendo de nuevo al detalle, algo que también pudiera llamar la atención sobre la figura del personaje conmemorado en la estela en análisis es el manifiesto contraste en el tratamiento gráfico de manos y pies. Las primeras dibujadas frontalmente y con los dedos destacados; los segundos en perspectiva lateral, ambos girados hacia la derecha del individuo y sin que se registren detalles anatómicos. Ese contraste no es, desde luego, exclusivo de esta lápida, superando ampliamente la veintena de los casos similares reseñables. No obstante, el hecho de que en otras se anoten tanto los dedos de las manos como de los pies nos lleva a preguntarnos si se trata, acaso sea esta la opción más probable, de una mera convención representativa (los dedos de los pies no tienen la misión fundamental que desempeñan los de las manos) o, si cupiera la opción de distinguir a los descalzos de aquellos que protegían sus pies con alguna forma de calzado.

En fin, si esta nueva estela de Orellana se atiene a lo que podríamos entender como la expresión canónica de la iconografía rupestre del guerrero en buena parte del conjunto hasta hoy conocido en el suroeste-- por la reunión de espada, lanza, escudo y espejo--, no deja de incluir dos elementos que la distinguen y a los que prestaremos, al menos, una mínima atención: su singular broquel y la pieza con dibujo en forma de doble cola de milano campante entre los apéndices corniformes del casco.

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE EL ESCUDO Y LA FIGURA DEL OBJETO DESCONOCIDO

Los escudos están presentes en más del 80% de las estelas del suroeste, erigiéndose en consecuencia en un motivo esencial en su catálogo temático. En la diversidad formal ofrecida por ese elemento, inicialmente de protección, quedan de manifiesto tanto el predominio de los dotados de círculos concéntricos, con o sin escotaduras en V, umbos y asas, y la frecuencia con que son anotados sus rasgos esenciales como ocurre con los clavos de unión de las chapas o, en otros casos, los bollitos repujados y de intención ornamental. Implica todo ello una cierta, aunque sumaria, voluntad detallista.

No es irrelevante, en consecuencia, el diseño del escudo de nuestra estela con las seis líneas paralelas que transitan, inscritas con manifiesto empeño, descubriendo el deseo expreso de registrar lo que serían rasgos destacables de la pieza original (figuras 6 y 7). Cabría decir lo mismo de los otros casos en los que se dibujan bandas similares: las estelas de Torrejón del Rubio III

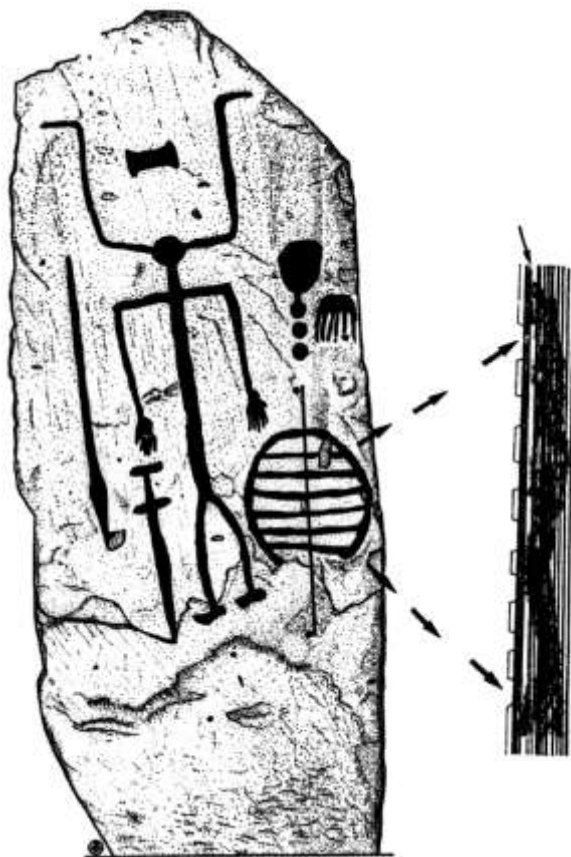


FIGURA 6. Sección a la altura del escudo, anotando el efecto cromático debido al contraste entre las láminas de sedimentación blanquecinas de la cuarcita ordovícica y las manchas de difusión de óxidos de hierro.



FIGURA 7. El escudo en detalle con la acusada estructura de bandas paralelas, señaladas con trazo ancho y nítido.

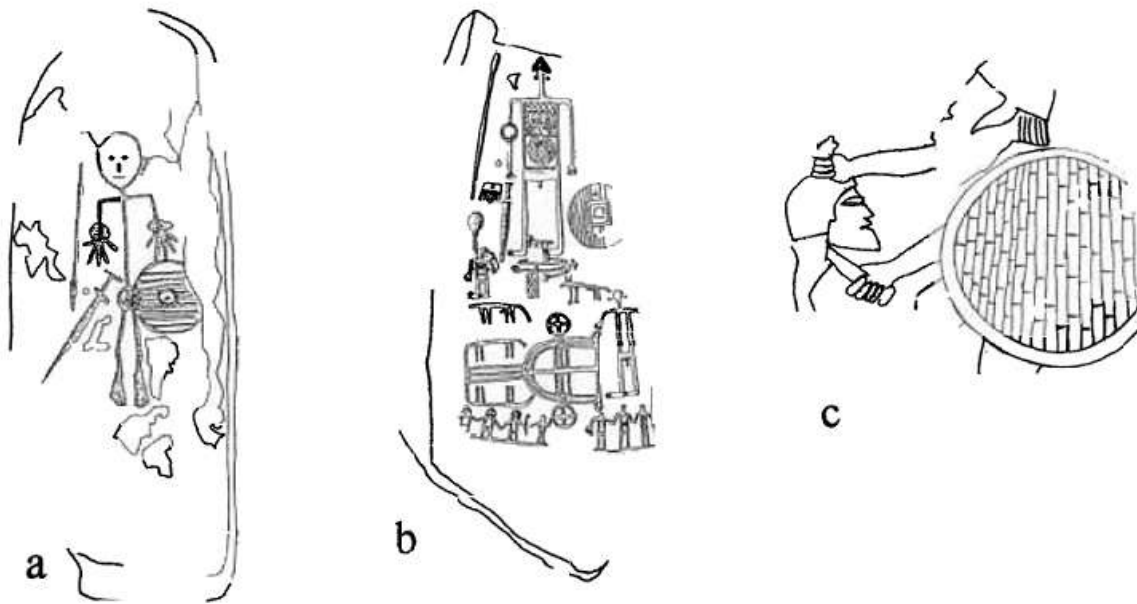


FIGURA 8. Estelas con escudo en bandas: a, Torrejón del Rubio 111 y b, Ategua (ambos según Celestino 2001), c, bajorrelieve en un alabastro de Nínive (dibujo sobre fotografía)

y Ategua, y en lo que no se sabe hoy si fue estela o afloramiento rocoso de Espejo, en Córdoba (Murillo, Morena y Ruiz 2005: figura 3), aunque cada uno ofrezca características particulares que lo distinguen de los restantes (figura 8).

Tanto el ejemplar de Ategua, en la cuenca del Guadalquivir, como el extremeño de Torrejón, en la del Tajo, comparten con el nuevo de Orellana un mismo orden dispositivo: el escudo aparece a la izquierda del antropomorfo, a continuación del brazo estirado; así mismo en posiciones similares se sitúan la espada y la lanza. Esa organización de la escena es propia de la zona IV o del Guadalquivir y la distancia que ofrece la de Ategua con las dos extremeñas es la riqueza del registro gráfico que figura por debajo de lo que sería el tema clásico del guerrero armado. En todo caso, es evidente que esa posición de armas y escudos, que pudiéramos tachar de heráldica o simbólica, no describe una escena natural en la que el guerrero portaría la espada en su mano, protegiéndose con el escudo o, al menos, sujetándolo de una u otra manera.

Sea como fuere, la rareza formal de los broqueles que nos ocupan justifica su menor consideración frente a las prolijas explicaciones generadas por los escudos de ornato a base de círculos concéntricos o con la presencia de la inextricable escotadura en V (entre otros Almagro Basch 1966; Bendala 1987; Blázquez 1987; Celestino 2001). Serían pues valorados como una consecuencia más del comercio extrapeninsular a partir del siglo VIII a. de J.C., orientado hacia el Próximo Oriente, quizá en relación con los navegantes fenicios, circunstancia en la que no se podría disimular la simultaneidad de los influjos atlánticos (Celestino 2001: 149).

Pero el atipismo de las tres piezas que nos afectan no es ni accidental ni aleatorio; si admitimos en las demás el claro acento descriptivo en la representación de los escudos, lo mismo cabría en estos. La anotación de las líneas paralelas viene a sugerir broqueles de probable calidad no metálica; verosíblemente confeccionados con bandas de cuero, madera u otros elementos vegetales. A propósito de la lastra

de Torrejón del Rubio III, ya había reparado Almagro Basch en la probable alusión en las nueve líneas que cubren el escudo a los «costillares de refuerzo con que se armarían», concluyendo que tal particularidad, y también el supuesto pequeño tamaño del original representado constituiría la primera versión de la *caetra* de los guerreros lusitanos de la segunda Edad del Hierro, por lo que Torrejón del Rubio III fue valorada como una de las estelas más tardías de todo el grupo (Almagro Basch 1966: 91).

No sería tal el caso de este nuevo ejemplar de Orellana si atendemos a la relación proporcional entre individuo y escudo, de modo que asignada al primero una altura supuesta de 1,60 metros, a esa escala el escudo original estaría en torno a los 0,56 m de diámetro, tamaño considerable y concordante con los ejemplares metálicos de la época hoy conocidos: diámetros de 0,40 y 0,50 metros los de Inglaterra y Alemania, y algo mayores los nórdicos, en torno a 0,70 m (Coles *et al.* 1999).

Pero el enfoque localista que recogíamos sería modificado por la propuesta de que las infrecuentes bandas tal vez disfrutaran de paralelos externos, anotándose al respecto lo representado en algunos bajorrelieves neosirios, mirada hacia oriente que, una vez más, pondría de manifiesto los fuertes vínculos con el levante mediterráneo propiciados por el mundo colonial fenicio, y todo ello con una consecuencia cronológica: los broqueles en causa serían tipos postreros, de fines del VIII a mediados del VII a. de J. C. (Almagro Gorbea 1977: 178-179).

Ciertamente, en los extraordinarios alabastros del palacio de Sennaquerib en Nínive, datados entre 702 y 693 a. de J.C. (Reade 1998), se observan escudos redondos dotados de estrechas bandas paralelas, en algunos con la anotación del umbo, recordando el broquel de la estela de Ategua; otros, sin aquel abombamiento, estarían en sintonía formal con el de Orellana. No obstante, el detallismo de los frisos neosirios, registrando además la segmentación transversal de las bandas paralelas, anotan ataduras y uniones que denuncian la composición orgánica de los mismos, a base de mimbres o materiales similares. En tal caso interesaría considerar hasta qué punto es defendible la expansión de esos tipos asiáticos hacia el occidente mediterráneo, cuando no conviene desdeñar la mera coincidencia formal surgida del empleo de componentes de la misma naturaleza, mucho más fáciles de adquirir que las laboriosas chapas bronceas.

Sea de uno u otro modo, lo cierto es que los ejemplares rayados del SO. declaran una cierta diversidad que radica en la presencia en Ategua y Torrejón del típico umbo, pieza inexistente en el escudo de la nueva estela de Orellana. Por su parte, el llamativo aspecto entablillado que ofrece el de Ategua no deja de recordarnos, sin olvidar, claro está, la gran distancia cronocultural que los separa, la estructura de los escudos de tablillas de Dura Europos, disimulada por su rica decoración pictórica; piezas extraordinarias, sin duda de parada, datables en el siglo III de la Era (Feugère 2002: 114-115), al igual que lo hacen siglos antes, en la Téne antigua, escudos como los reconstruidos de la tumba nº. 1.178 de la necrópolis renana de Wederat, confeccionados con láminas de madera extendidas en sentido longitudinal y paralelas a la espina central de los oblongos broqueles (Kristiansen 2001: 464, figura 177 A).

Nada habría que objetar entonces a la presumible calidad orgánica de muchos de los escudos del SO. ibérico (pensemos en el empleo del cuero tal como se hizo con el bien conocido testimonio irlandés de Clombrin); de hecho esa opción fue considerada en distintas ocasiones para explicar la génesis de los ya metálicos, de bronce, tanto en la Europa central y nórdica como en muchas regiones meridionales (Needham 1979: 132-133). Hay, al fin y al cabo, un hecho llamativo en Iberia: la falta de correspondencia entre la abundante presencia del escudo grabado en las estelas peninsulares y su chirriante ausencia, en versión broncea, en el registro arqueológico de la región, circunstancia que no acontece en las áreas extraibéricas señaladas donde los documentos al respecto son ya abundantes.

Recordar por ello los hallazgos ilustres de cuero y madera en Irlanda, y su antigüedad, implica valorar también la normalidad de los escudos orgánicos en el mediterráneo oriental. Es sabido que los grandes escudos micénicos con su peculiar forma de ocho se confeccionaban en piel de buey,

y si es probable que su origen se halle en Creta, su aplicación en la Grecia continental se precisa al menos en los confines de los siglos XVI-XV a. de J.C. Algo más tarde, a partir del Heládico reciente, en la centuria XIV a. de J.C., aquel escudo enorme, pensado para el combate individual, sería substituido por el pequeño y circular, mejor adaptado a la lucha colectiva (acaso del tipo de uno de cuero tensado sobre un marco de madera yacente en la tumba de un guerrero en la necrópolis de Dendra (Vermeule 1971: 166). El escudo en ocho subsistiría solamente en versiones miniaturizadas, como elemento ornamental y simbólico, incluso sagrado (Taylour 1964).

Los escudos de cuero, madera u otros materiales corruptibles, con características inspiradas por el influjo micénico se asientan en centroeuropa entre los siglos XV y XIII, como patrimonio de algunas aristocracias guerreras (Schauer 1990), si bien es probable que alguno de materia corruptible existiera ya en el Bronce Antiguo del oeste europeo, concediendo crédito a la interpretación propuesta para los fragmentos de madera con remaches de metal en el célebre Bush Barrow de la *Wessex Culture*. No obstante, todo indica que el marco cronológico de los escudos de la Europa septentrional e islas británicas se corresponde con el intervalo 1100-700 a. de C. (Coles *et al.* 1999), que los escudos británicos se remontan como máximo al siglo XII (Needham 1996: 134) y que las mediciones radiocarbónicas conocidas para la Edad del Bronce Británica (Needham *et al.* 1997) corrigen la desviada alta antigüedad que el C14 otorgara al molde irlandés de madera para la elaboración de escudos de Kilmahamogue (Hedges *et al.* 1991).

Pero más allá de disquisiciones cronoculturales, es sabida la bondad, en términos militares, de los escudos orgánicos, calidad bien probada experimentalmente, mientras que los broqueles de láminas de bronce fueron demasiado vulnerables a los golpes de armas sólidas, razón por la que no es extraño que se les considere propios de actos de ostentación y pompa, más que de situaciones de confrontación física (Coles *et al.* 1999).

Por otra parte, la vigencia de los escudos de madera se mantuvo hasta llegar a constituir una característica propia de la panoplia céltica, con pruebas tan irrefutables como el más de medio centenar de ejemplares lígneos que contenía el cargamento del barco conservado en la turbera danesa de Hjortspring, con fechas de 350-300 B.C. (Randsborg 1999). En definitiva, nunca dejaron de existir, desde su invención y hasta tiempos históricos, evolucionando de acuerdo con las necesidades del combate, los escudos de cuero, madera, incluso los tejidos con mimbres. Sería esa la naturaleza probable, nos parece, de la pieza transcrita gráficamente en la lápida de Orellana que aquí consideramos, acaso por ello una verdadera adarga y también un atributo de guerrero.

Más allá de esta primaria lectura material, ofrecen los escudos una superficie favorable a la ornamentación. Tal vez no esté de más el recordar que el decorado de los mismos en muchas culturas tribales contemporáneas responde a la creencia en sus propiedades defensivas o sobrenaturales; en otras, y como marcadores étnicos, declaran la pertenencia social del guerrero y hasta su rango militar entre otros mensajes variados (Feest 1979); en fin, la clase de misiones reconocible históricamente en la heráldica medieval (Stone, 1961). Acaso la cuestión no resulta totalmente ajena al universo que nos interesa: los episemas en los escudos griegos ya no eran ninguna novedad en el 600 a. de J.C. según se documenta con toda nitidez en los que portan los hoplitas pintados en cráteras corintias (Ducrey 1985: 51). La continuidad multiseccular de esa vertiente emblemática, simbólica, se constata en escudos extraordinarios como el céltico de Battersea, dragado en el Támesis (Otead 1985); también en su versión miniaturizada como ofrendas, más de tres centenares, en santuarios de la Tène tardía como ocurre el Mouzo en el NE. de Francia (Charpy y Roualet 1991).

La sugerencia de esta última opción emblemática, a la que cabe añadir su capacidad distintiva en el combate para evitar confusión entre los contendientes (Bendala 2000: 71 y 72) resulta, no obstante, difícil de reconocer en los ejemplares del suroeste peninsular aquí considerados, aunque



FIGURA 9. El icono cuadrangular, simétricamente situado entre los apéndices corniformes del casco, destaca merced a la fuerte tonalidad rojiza de difusión de óxidos férricos, color logrado tras la eliminación por repicado de la película exterior, más clara, de la roca.

deje de ser, en todo caso, una alternativa posible que acaso pudieran poner en valor futuros descubrimientos; todo ello si no optamos también por suponer que los círculos concéntricos, remaches y muescas (¿acaso también signos pictóricos supuestamente perdidos?), más que el mero retrato de la vertiente material de los broqueles, respondieran, por el contrario, a fórmulas gráficas precisas, expresivas de la identidad del guerrero, o imprecisable ser especial conmemorado o exaltado en cada estela.

Por lo que al icono enigmático respecta, insculpido con buscada simetría entre los apéndices corniformes del casco (figura 9), en su simplicidad formal apenas ofrece una mínima pista para la identificación del objeto representado. Sin embargo, tanto la intensidad en la labra, como su destacada posición y lógica convergencia con el resto de los materiales que acompañan al antropomorfo, declaran la indudable intención representativa del mismo. Es, en fin, una figura que no cabría aceptar como anecdótica o accidental.

Pero, aunque escaso, no es un icono del todo inédito en las estelas del suroeste (figura 10). Al menos hallamos un paralelismo cierto en la lastra catalogada como Capilla III, también en la zona Guadiana-Zújar, en la que un diseño parejo se ubica de nuevo a la altura de la cabeza del personaje, vínculo repetido en la estela de Cerro Muriano I (Murillo, Morena y Ruiz 2005). Interpretado el signo cuadrangular de Capilla III, por exclusión, como un posible carcaj (Celestino 2001: 374-375), tal identificación resultaría en la estela trasladada a Asturias sumamente improbable dada la ausencia del arco y flechas que darían sentido a la hipotética aljaba. Es esa misma carencia la que oscurece la interpretación del paralelo más cercano a la estela de Orellana que consideramos, la pieza de Esparragosa de Lares II, localizada así mismo en la Zona III.

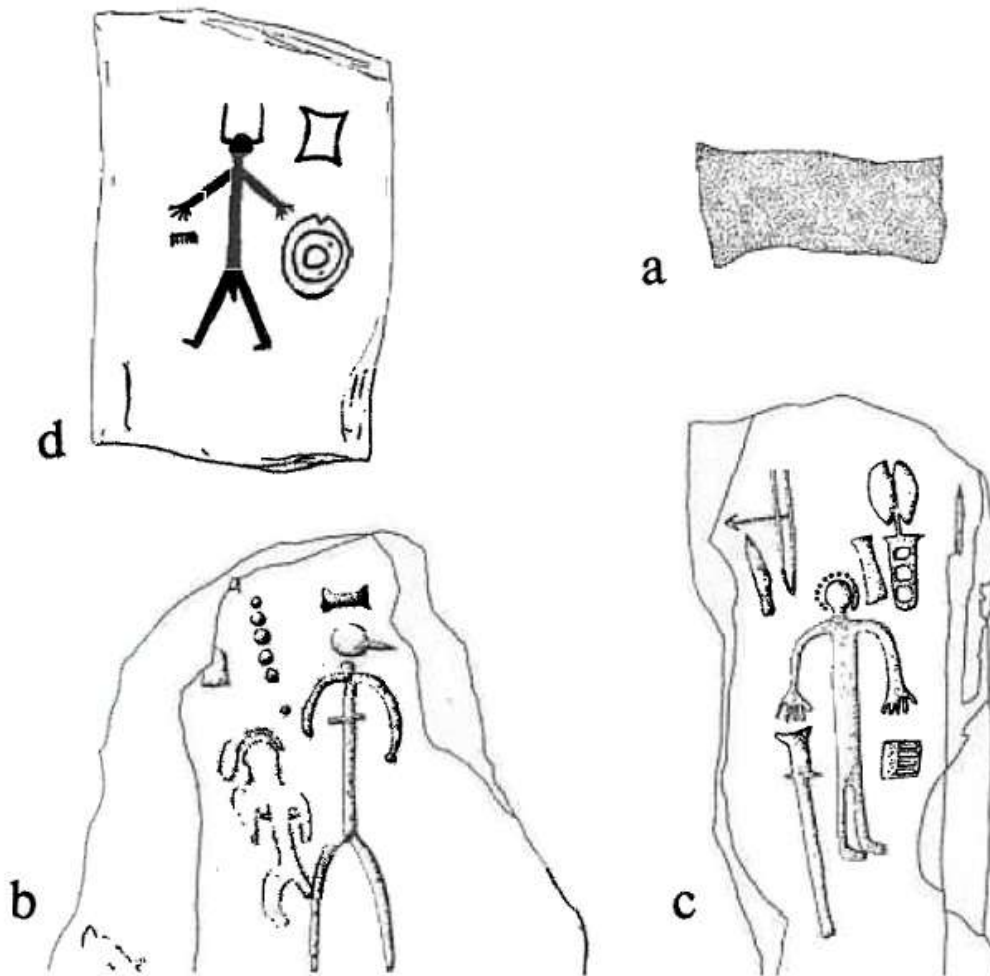


FIGURA10. La figura cuadrangular de Orellana (a), cotejada con las de Esparragosa de Lares II (b), Capilla III (c) y Cerro Muriano I (d). (b y c, según Celestino 2001; d, según Murillo et al. 2005)

En la sumaria grafía de esta última, muestra el antropomorfo, sobre su cabeza sin casco elaborado, un espejo y, a continuación, el diseño enigmático. En tal economía gráfica la extrañeza del icono aún se incrementa, en la misma medida que su indudable valor al ser detallada y céntricamente colocado.

Sería pretencioso --en un posible cuarto caso, la estela del Viso VI, el diseño es bastante incierto--, proponer con tales limitaciones una interpretación definitiva del parco, en sus atributos formales, motivo. Desde luego, parece razonable admitir que se trate de la alusión a un objeto de valor; no un arma ni tampoco instrumento, pero sí, acaso, a algún elemento simbólico-ornamental; notemos también que se localiza en el mismo sector en el que se disponen los objetos relativos al cuidado personal (el espejo y el peine). La existencia en la orfebrería del Bronce Final, con mayor o menor incidencia de modelos y técnicas exóticos, de joyas en forma de placas rectangulares, el tesoro sevillano de El Carambolo sería la referencia, e incluso con los lados cóncavos, no deja de animar la hipótesis de que fuera un artículo de tal naturaleza el sucintamente inscrito.

No obstante lo dicho, en revisión muy reciente del enigmático icono, y gracias a la nitidez del desarrollo curvado de los cuatro lados del motivo figurado en la lastra de Cerro Muriano I, se propone ahora (Celestino 2008) --claramente al socaire de las propuestas que relacionan algunas pla-

de El Carambolo con la estampa de la piel de toro, según veremos inmediatamente--, la lectura del mismo como una versión gráfica de los ilustres lingotes de cobre fundidos con la forma que ofrece, extendida, la piel de un bóvido.

Ampliamente presente esa modalidad técnica en la reserva y distribución de metal en el mediterráneo centro-oriental, la llamativa densidad de registros en Cerdeña, además del hallazgo de sendos lingotes en Córcega y el Hérault, darían credibilidad a la existencia de rutas marítimas desde las costas sardas hasta la Galia meridional y otras zonas en conexión con el comercio atlántico, abierto este último hacia la Europa continental y el mediterráneo (Lo Schiavo 2008).

Pero, llamativamente, por lo que al espacio ibérico se refiere, la identificación de los señalados lingotes se produce más como una referencia prestigiada, meramente formal, que como verdadero producto metalúrgico, integrada aquella forma singular en contextos tardíos: fenicios y aún ibélicos. No deja de ser atrayente por ello la analogía que establecíamos párrafos atrás entre el icono extraño de la estela de Orellana aquí atendida y alguno de los pectorales áureos de El Carambolo (Mata Carriazo 1973: fig. 4), relación aún más inquietante cuando la singular forma cuadrangular de lados cóncavos es la que ofrece el ara del «Santuario III» de Coria del Río (Escacena Carrasco 2001), espacio de culto erigido hacia el siglo VII a. de J.C.; la estimación cronológica asignada al igualmente notable altar 2531, adoptando la misma forma de lingote chipriota, descubierto en la estancia A40 del Santuario C, así mismo asociado a cultos propios del mundo oriental, durante la fase III de El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005).

Sin embargo, la conexión lingote-ara es discutida para considerar el conjunto de lingotes, altares, piezas de orfebrería, entre otros testimonios materiales, como derivados genéticos de un mismo universo simbólico en el que las aras tomarían su forma de la adoptada por una piel de toro extendida, con independencia de los lingotes en cuestión (Escacena Carrasco 2001: 87). Bajo tal perspectiva, cabría interpretar los pectorales del tesoro del Carambolo como la versión orfebrística de la silueta del cuero bovino en la que incluso se registraría, mediante la pertinente protuberancia, la zona de piel correspondiente al cuello de la bestia. Esta particular lectura de las distinguidas joyas, reforzada la existencia de la protuberancia del supuesto cuello por el adecuado análisis de las mismas (Perea y Ambruster 1998), conduce a la introducción del término «frontiles» para denominarlas, refiriéndose tal vocablo al adorno que portarían en su testuz los toros ofrecidos a los dioses, tal como sugieren algunas piezas esculpidas en piedra. Los frontiles en causa adornan las cabezas de algunos de los bóvidos participantes en romerías actuales (Amores y Escena 2003; Conde Escribano, Izquierdo de Montes y Escacena Carrasco 2005).

Todo alude en la nueva estela de Orellana, a la que tal vez deberíamos referirnos ya como Orellana III, a la naturaleza polivalente o, si se quiere, polisémica (funeraria, jurisdiccional, sagrada...) de esta clase de monumentos distribuidos por el pasillo Guadiana-Zújar, concebidos para ser hincados y provistos de la representación de objetos a los que se atribuye un valor trascendente y filiación mediterránea; testimonios fundidos con retazos del ideario atlántico, acaso presumibles estos últimos en la habitual ocultación de los cadáveres en las regiones ribereñas del océano (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001, 121-125), proceder tal vez dependiente aquí de la práctica de la incineración. En fin, hitos fundamentales y, a la vez, exponentes de un arte complejo, tal como sería de esperar en un ambiente de fuerte localismo penetrado por influjos externos; documentos extraordinarios de una singular forma de expresión gestada en el caso aquí atendido en la periferia del crisol tartésico.

Gratiarum nota: La profesora Concepción Blasco Bosqued nos informó de la existencia de la estela que, de modo fortuito, pudo contemplar en el jardín de Meres en junio de 2007. Los propietarios del palacio asturiano nos facilitaron siempre el acceso a la lápida tras un primer contacto, al respecto, con doña Laína Cores Uría, mientras que D. Gonzalo Cores Uría, residente en Madrid, nos informó de su procedencia. Por su parte, el profesor Guillermo Corretgé Castañón, catedrático de Geología de la Universidad de Oviedo, tuvo la generosidad, como en otras ocasiones de analizar la roca y de ofrecernos una exposición detallada de sus rasgos petrográficos y de su inequívoco origen en Extremadura.

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA
Departamento de Historia {Prehistoria}
Facultad de Geografía e Historia
Campus de Humanidades
Universidad de Oviedo
33071 Oviedo
deblas@uniovi.es

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M., 1966, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid: Biblioteca Praehistórica Hispana, VIII.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1977, *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Madrid: Bibliotheca Praehistórica Hispana, XIV.
- AMORES, F. y J. L. ESCACENA, 2003, «De toros y de toreros: simbología y función de las joyas de El Carambolo», en: A. García-Baquero y P. Romero (eds.), *Fiestas de toros y sociedad*, Universidad de Sevilla, pp. 41-68.
- BENDALA, M., 1987, «Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas», *Bol. As. Amigos de la Arqueología*, nº. 23, pp. 12-17.
- , 2000, *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*, Madrid: Temas de hoy.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1987, «Los escudos de escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la península ibérica», *Studia Paleohispánica*, Gorrochategui, Melena y Santos (eds.), Vitoria: Universidad del País Vasco, pp. 469-497.
- BURGESS, C. y B. O'CONNOR, 2004, «Bronze Age rotary spits: finds old and new, some false, some true», en: H. Roche, E. Grogan, J. Bradley, J. Coles and R. Raftery (eds.), *From Megaliths to Metal: Essays in Honour of George Eogan*, Oxford: Oxford Bows, pp. 184-199.
- CELESTINO, S., 2001, *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona: Bellaterra arqueología.
- , 2008, «La precolonización a través de los símbolos», en: S. Celestino, N. Rafel y X.L. Armada (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.) La precolonización a debate*, CSIC, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, pp. 107-119.
- COLES, J. M., 1962, «European Bronze Age Shields». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 28, pp. 156-190.
- CHARPY, J. J. y P. ROUALET, 1991, *Les celtes en Champagne. Cinq siècles d' Histoire*, Musée d'Épernay.
- COLES, J. M., P. LEACH, S.C. MINNITT, R. TABOR y A.S. WILSON, 1999, «A Later Bronze Age shield from South Cadbury, Somerset, England», *Antiquity* 73, pp. 33-48.
- CONDE ESCRIBANO, M., R. IZQUIERDO DE MONTES y J. L. ESCACENA CARRASCO, 2005, «Dos escarabeos del santuario fenicio de Caura en su contexto histórico y arqueológico», *SPAL 14*, Universidad de Sevilla, pp. 75-89.
- DELIBES, G. y M. FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1988, *Armas y utensilios de bronce en la Prehistoria de las Islas Baleares*, Studia Archaeologica 78, Universidad de Valladolid.

- DUCREY, P., 1985, *Guerre et guerriers dans la Grèce Antique*, Paris: Payot.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., 1983, «Una nueva estela de guerrero y tres asadores de bronce procedentes de los alrededores de Orellana la Vieja (Badajoz)», *Museos-2*, Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 9-13.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., 2001, «Fenicios a las puertas de Tartessos», *Complutum* 12, pp. 73-96.
- FEEST, CH., 1979, *L' Art de la Guerre*, Paris: Rive gauche Productions.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y A. RODRÍGUEZ AZOGUE, 2005, «El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante de la paleodesembocadura del Guadalquivir», *Trabajos de Prehistoria* 62, n.º. 1, pp. 111 a 138.
- FERRANDIS, J., 1940, *Marfiles árabes de Occidente*, Tomo II, Madrid.
- FEUGÈRE, M., 2002, *Les armes des romains de la République à l'Antiquité tardive*, Paris. Editions Errance.
- GONZÁLEZ GARCÍA, M. A., 1993, « Museo e Sala Capitular», en: J.M. García Iglesias (d ir.), *A catedral de Ourense*, A, Coruña, pp. 399-433.
- GONZÁLEZ LEDESMA, C., 2007, «Nueva estela de guerrero encontrada en el entorno de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz)», *Octavo Congreso de Estudios Extremeños Libro de Actas*, Badajoz: Junta de Extremadura, Consejería de Cultura, pp. 596-611.
- HEDGES R. E. M., R. A. HOUSLEY, C. R. BRONK y C. J. VAN KLINKEN, 1991, «Radiocarbon dates from the Oxford AMS system», *Archaeometry* 33, pp. 121-134.
- HEVIA LLAVONA, I., 2005, «Una estela con guerrero y panoplia en Meres Siero», *Asturies. Memoria encesa d'un país* n.º. 20, Fundación Belenos, p p. 41-43.
- KRISTIANSEN, K., 2001, *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro*, Barcelona: Editorial Península.
- LO SCHIAVO, F., 1991, «La Sardaigne et ses relations avec le Bronze Final Atlantique», *Le Bronze Atlantique. 1^{er} Coloque de Beynac* (sous la dir. de C. Chevillot et A. Coiffyn), Publication de l'Association des Musées du Sardalais, pp. 213-226.
- , 2008, «La metallurgia sarda: relazioni fra Cipro, Italia e la Penisola Iberica. Un modello interpretativo», *Contacto cultural entre el mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La precolonización a debate*, CSIC, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, pp. 417-436.
- LULL, V., R. MICÓ, C. RIHUETE HERRADA y R. RISCH, 1999, *Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol*, Barcelona: Consell Insular de Menorca. Ajuntament de Ciutadella, Fundació Rubio Tudurí Andrómaco.
- MATA CARRIAZO, J. de, 1973, *Tartessos y El Carambolo*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- MEIJDE CASEMELLE, G., 1988, *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*, Arqueohistórica 1, Universidad de Santiago de Compostela.
- MURILLO REDONDO, J.F., J. A. MORENO LÓPEZ. y D. RUIZ LARA, 2005, «Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y de Ciudad Real», *Romula* 4, pp. 7-46.
- NEEDHAMS, S., 1979, «Two Recent British Shield Finds and their Continental Parallels», *Proceedings of the Prehistoric Society* 45, pp. 111-134.
- , 1996, «Chronology and periodisation in the British Bronze Age», *Acta Archaeologica* 67, Munksgaard, pp. 121-140.
- NEEDHAMS, S. y S. BOWMAN, 2005, «Flesh-hooks, technological complexity and Atlantic Bronze Age feasting complex», *European Journal Archaeology*, Vol. 8(2), p p. 93-136.
- NEEDHAM, S., C. B. RAMSEY, D. COOMBS, C. CARTWRIGHT y P. PETTIT, 1997, «An Independent Chronology for British Bronze Age Metalwork. The Results of the Oxford Radiocarbon Accelerator Programme», *Archaeological Journal* 154, pp. 55-107.
- PEREA, A. y B. AMBRUSTER, 1998, «Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de El Carambolo, Sevilla», *Trabajos de Prehistoria* 55 (1), pp. 121-138.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., 1996, «La cultura de Tchernjahov, la diáspora gótica y el peine de Cacabelos», *BSAA*, LXII, Universidad de Valladolid, pp. 173-184.
- RANDBORG, K., 1999, «Into the Iron Age. A Discourse on War and Society», en: J. Carman & A. Harding (eds.), *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives*, Strouct, Sutton, pp. 191-220.
- READE, J. E., 1998, *Assyrian Sculpture*, London: The British Museum, 2ª. ed.
- STEAD, I., 1985, *The Battersea Shield*, London: British Museum.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y J. J. ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, 2001, *Extremadura tartésica Arqueología de un proceso periférico*, Barcelona: Bellaterra Arqueología.

- SALVÁ SIMONET, B., M. CALVO TRÍAS y M. GUERRERO AYUSO, 2002, «La Edad del Bronce Balear (c. 1700-1000/9000 BC). Desarrollo de la complejidad social», *Complutum* 13, pp. 193-219.
- SCHAUER, P., 1990, «Schutz-und Angriffswaffen bronzzeitlichen Krieger im Spiegel ausgewählter Grabfunde Mitteleuropas», en: V. Fumenek y H. Horts (eds.), *Beiträge zur Geschichte und Kultur der Mitteleuropäischen Bronzezeit*, Berlin: Ed. Nitra.
- STONE, G. C., 1961, *A Glossary of the Construction, Decoration and Use of Arms and Armour in all Countries and in all Times*, New York, Reimpresión de la edición de 1934.
- TAYLOUR, W., 1964, *The Myceneans*, London 1964 (Versión en portugués por Editorial Verbo. Lisboa / Cacém 1970).
- TEJERA GASPAR, A., J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y M. RODRÍGUEZ PESTANA, 2006, «Las estelas tartésicas: ¿losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras?», *SPAL* 15, Universidad de Sevilla, pp. 149-165.
- VERMEULE, E., 1971, *Grecia en la Edad del Bronce*. México. Fondo de Cultura Económica.
- WALTER, PH., C. LOUBOUTIN y A. HASLER, 1997, «Les steles anthropomorphes de la Bastidonne, Trets (Bouches-du-Rhône) et l'usage de la couleur sur les steles provençales de la fin du Néolithique», *Antiquités Nationales*, 29, pp. 20-33.